

ANIVERSARIO 160 DE LA FUNDACION DEL OBSERVATORIO ASTRONOMICO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 79-80, Volumen XXI
Segundo Semestre de 1963*

**Lectura del Ing. ALFREDO D. BATEMAN en la sesión
conjunta de la Sociedad Geográfica de Colombia y de la
Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y
Naturales, verificada el día 2 de agosto de 1963.**

Os invito a todos vosotros que me escucháis, para que con los ojos de la imaginación retrocedamos 160 años y nos coloquemos en este mismo salón el día 20 de agosto de 1803. Podemos figurarnos que a través de esa puerta, que cual mudo testigo ha permanecido todo este tiempo, pasan dos religiosos. Uno de ellos es un sacerdote, de estatura más que mediana, cabello cano, andar pausado, que llegara a esta ciudad cuarenta y tres años antes como médico del virrey Expeleta, que enamorado de las riquezas naturales de la América renunció a una carrera más que pródiga en promesas y ofreció su vida al sacerdocio porque al estudiar la naturaleza elevó su alma a Dios: es el doctor José Celestino Mutis.

Es el otro un fraile capuchino, llegado también de la Madre Patria, 'precursor de la, arquitectura en nuestra ciudad, quien ya tenía en su haber la construcción de las iglesias de Santo Domingo, de Chiquinquirá, la hoy catedral de Zipaquirá, el claustro de la Enseñanza y parte del antiguo Hospital de San Juan de Dios: es Fray Domingo, natural de Petrés, en Valencia.

En la fecha a que nos referimos, el fraile capuchino concluía esta obra del Observatorio, en la cual actuó como arquitecto y la entregaba a Mutis, quien se la había encomendado. Uno estaba satisfecho, la construcción emprendida pocos meses atrás estaba terminada y con el orgullo de artífice mostraba a

su cliente el primor de la obra; le indicaba quizá la ranura que hay en el techo para permitir que un pincel de luz vaya describiendo en el suelo el curso del sol para poder, cual un inmenso reloj de sol, determinar la hora.

El otro también estaba satisfecho. Después de vagar más de cuarenta años por distintas regiones del país; de reunir en Mariquita primero y luego en Santa Fé valioso y abundante material para la Flora del Nuevo Reino de Granada, como resultado de las labores de la Expedición Botánica, quiso elevar este edificio, este templo de Urania, para explorar los espacios siderales en las cercanías del ecuador. Para ello escogió este sitio, la huerta de la casa de la Expedición, y la encargó a quien ya había dado muestra de su pericia arquitectónica.

Quizás no sospecharon estos personajes que este edificio iba a constituir en los años futuros un símbolo de la ciencia nacional y un hogar de inquietudes científicas.

Poco sabemos de las labores del Observatorio en los dos primeros años, pero es de suponer que Mutis, que lo había ordenado, dispusiese que sus discípulos comenzaran desde su azotea a conocer los astros y los misterios del Universo.

En diciembre de 1805 llegó a Santafé, con un valioso acopio de muestras de quinas de las regiones ecuatoriales, don Francisco José de Caldas, para incorporarse a las labores de la Expedición Botánica. Mutis, conocedor de la afición de Caldas a estas disciplinas, que en los lejanos días de su infancia lo llevó a colocar en el patio de su casa solariega de Popayán, piedras de molino (unas sobre otras) para instalar allí su anteojo, le encargó de la dirección del Observatorio, abriéndole así una etapa de tranquilidad, dentro de su vida atormentada, que le permitió adelantar sus mejores estudios.

Este salón fue el testigo de los trabajos de nuestro sabio por antonomasia. Durante todo el día llenaba cuartillas con sus memorias sobre diversos tópicos, o preparaba la próxima edición del "Semanario", o contestaba nutrida correspondencia o escribía misivas amorosas a su prometida y por la noche, cual un centinela vigilante, subía la empinada escalera y desde la azotea se extasiaba contemplando las maravillas de la creación. Cuando el estado del cielo era propicio, apenas dormía con intranquilo sueño, en un catre de camino.

Pero no todo fue ciencia. Se acercaba ya la época de la independencia. Los vientos de la libertad venían desde Francia y los Estados Unidos. La situación de la casa reinante de España, la intromisión

de Napoleón en la Península, habían alborotado a nuestros jóvenes distinguidos, tales como Camilo Torres, que vivía en la casa situada al frente, en mala hora destruida, José Acebedo y Gómez, Antonio Nariño, Luis Caicedo y Flórez, Antonio Baraya, Joaquín Ricaurte Torrijos, Joaquín Camacho y tantos otros.

Así como los primeros cristianos se vieron constreñidos a aislarse en las cata tumbas, los patriotas se refugiaron en este edificio, que estaba separado de las vías públicas por una pared de tierra cubierta con tejas de barro cocido, y con una sola puerta situada frente a los muros de los patios del monasterio de Santa Clara. Aquí, en este salón, con la disculpa de hablar de la ciencia, y con el consentimiento de Caldas, se reunieron los patriotas y forjaron y prepararon los hechos que culminaron el 20 de julio de 1810, que dio principio a nuestra vida independiente.

Los sucesos de entonces desviaron a Caldas de sus planes científicos; se convirtió primero en periodista, dirigiendo y editando el "Diario Político" en asocio de Joaquín Camacho para luego marchar en la expedición sobre Tunja. Ese día abandonó el Observatorio; sus días de tranquilidad habían terminado. Su regreso de Tunja junto con el ejército derrotado en la batalla del 9 de enero; su huída a Antioquia; su regreso de allí en respuesta al llamamiento del Gobierno para ayudar a la defensa de Bogotá amenazada por los batallones de Morilla; su huída al sur, la batalla de la Cuchilla del Tambo, su prisión en Paispamba, su traslado a Bogotá, su cruel e inútil fusilamiento.

La muerte de Caldas trajo días de luto y de inactividad para el observatorio. Sus puertas no volvieron a abrirse con fines científicos sino hasta 1823 en que llegó a Bogotá la misión científica encabezada por Boussingault, compuesta de elementos recomendados por Humboldt, que el Gobierno de Santander contrató en Europa para iniciar el estudio de las ciencias en la naciente República. Pocos fueron los resultados prácticos de ella no obstante la alta calidad de sus componentes.

¿La causa de ello? Difícil averiguada y más difícil analizada en unos pocos renglones. Quizá fue el preludio del fracaso de tantas otras misiones extranjeras que en el curso de los años nos han visitado.

Desintegrada esta misión, el Gobierno confió en 1827 la dirección del Observatorio a un médico, el doctor Benito Osorio, quien durante el año en que desempeñó el cargo publicó "Las observaciones atmosféricas", fruto de sus anotaciones sobre las variaciones termométricas, la dirección de los vientos y las enfermedades reinantes en cada mes del citado año.

Un año después el Gobierno anexó el Observatorio al Museo y nombró como director de ambos institutos al señor don Benedicto Domínguez, quien aprendió los primeros rudimentos de la astronomía al lado de Mutis luego de haber participado en otras labores de la Expedición Botánica. Personaje interesante éste, cuya biografía está por escribirse, salvó su vida en la Época del Terror negando simplemente que era abogado. Su labor en el Observatorio no se conoce, quizá fue infecunda o tal vez se perdieron sus trabajos. De todos modos en los últimos días de su vida tuvo una enorme desilusión cuando luego de una encendida polémica con un grupo de estudiantes del Colegio Militar acerca de la fecha en que debía ocurrir un eclipse, en momentos en que se celebraba un baile en la casa de don José María Urdaneta, cerca de la hoy Plaza de Bolívar, una tremenda cohetada en el Observatorio anunció el triunfo de los jóvenes astrónomos al presentarse el eclipse en la fecha y hora por ellos prevista.

En 1832 fue reemplazado por don Joaquín Acosta, habiendo desempeñado de nuevo más tarde y en forma interina la dirección del Observatorio, durante la ausencia de aquel en 1839.

Don Joaquín Acosta, hombre ilustre en los fastos de la historia, fue científico y militar, periodista y geógrafo, historiador y botánico. Mantuvo relaciones con los más ilustres hombres de ciencia de su época. Fue diplomático como Encargado de Negocios de Colombia en los Estados Unidos y ocupó la cartera de Relaciones Exteriores durante la administración Herrán.

Al frente de la dirección del Observatorio practicó observaciones meteorológicas y arregló el Museo Nacional que también le estaba encomendado. Gracias a Acosta se obtuvo en Europa la impresión de los más importantes trabajos de Caldas.

Al retirarse Acosta de la dirección del Observatorio en 1840, fue designado para reemplazado Francisco Javier Matiz, hijo de Guaduas como aquél. Antiguo dibujante de la Expedición Botánica, supo hacerse al cariño de Mutis, habiendo contribuido al descubrimiento del Guaco. Fue el lazo viviente entre los hombres de ciencia de fines de la Colonia con los de mitad del siglo siguiente. Ayudó eficazmente a Humboldt durante su visita a esta ciudad, habiendo sido honrado por el sabio alemán cuando le dio el nombre de "Matizie Cordata" a un vegetal que descubrió en estas tierras. Nada se conoce de su labor en el observatorio, que probablemente fue nula dado su temperamento y sus conocimientos. De todos modos el recuerdo de Matiz debe perpetuarse y es acreedor a un homenaje que la República no le ha concedido.

Al fundar Mosquera en 1848 el Colegio Militar, anexó el Observatorio a dicho establecimiento educativo y muchas de las clases fueron dictadas en estos mismos salones. El golpe de Melo del 17 de abril de 1854 interrumpió las labores del Colegio Militar que no fue restablecido al debelarse la insurrección. El Observatorio quedó abandonado, no siendo otra cosa que una torre vacía; el Gobierno lo alquiló para usos particulares, habiéndose llegado a establecer aquí una venta de helados.

En 1858 fue utilizado de nuevo para fines científicos. Un extranjero de quien tenemos pocas noticias, el señor Frisak, practicó aquí observaciones meteorológicas y de declinación de la aguja.

En 1859 fue designado Director el ingeniero militar, Teniente Coronel, José Camelia Borda, una de nuestras figuras más interesantes. Graduado en Europa y luego de haber trabajado en la construcción de varios ferrocarriles en Francia, regresó a su patria e instaló el primer laboratorio para la fabricación de sustancias derivadas de la sal, en una casa de la entonces llamada calle de Boyacá, Frente a la puerta falsa de la Catedral. Participó en varias de las obras públicas en la entonces incipiente ciudad de Bogotá y durante su permanencia al frente del Observatorio publicó un calendario arreglado al meridiano local, seguido por la guía oficial y descriptiva de la ciudad.

La revolución de 1860 despertó en él sus viejos instintos militares, haciéndole abandonar las labores científicas. Habiéndose visto obligado a abandonar el país, quiso regresar a Europa, visitando antes los países de la América del Sur. Al llegar al Perú, supo de la expedición española que se preparaba contra dicha república, ofreció sus servicios y luego de haber participado en la heroica defensa del Callao, el 2 de mayo de 1866, cuando la victoria se vislumbraba, rindió su vida.

Poco después de su entrada triunfal a Bogotá, Mosquera nombró Director del Observatorio al insigne ingeniero Indalecio Liévano. En desempeño de su cargo hizo observaciones astronómicas y meteorológicas; ocultaciones de estrellas y planetas por la luna, entre ellas una notable ocultación de Venus. Determinó la altitud de Bogotá; practicó observaciones hipsométricas tendientes al estudio de la meteorología agrícola intertropical; calculó efemérides astronómicas y previó una lluvia de estrellas fugaces que se verificó en la noche del 13 al 14 de noviembre de 1886.

Hizo colocar la cinta de cobre en el meridiano del Observatorio que aún se conserva y vosotros podéis contemplar, la cual vino a reemplazar una de plomo que existía anteriormente, probablemente puesta por Caldas, y que los soldados de Canal redujeron a balas durante el famoso sitio de San Agustín.

Los trabajos de Liévano se vieron interrumpidos súbitamente con motivo de los acontecimientos del 23 de mayo de 1867, cuando este edificio fue convertido en prisión de Estado, ya que aquí estuvo encerrado el General Mosquera durante el tiempo de su famoso juicio ante el Senado que culminó con su extrañamiento del territorio patrio. En este mismo salón, desmantelado y frío, fue alojado. La escalera estaba guardada por los civiles acuartelados con el fin de custodiar de vista al prisionero, a todas horas del día y de la noche, sin permitirle hablar sino con sus guardianes, además de dos centinelas permanentes a la cabecera y a los pies de su cama, expiando hasta sus más insignificantes movimientos. Tan solo se le permitía subir a la azotea, a recibir el sol, habiéndosele hecho, desde el oriente de la ciudad, un disparo de fusil que alcanzó a despedazar uno de los jarrones de loza que coronan el antepecho de la azotea.

Poco después de haber cumplido el Observatorio sus funciones de prisión de Estado, fue nombrado como su Director el Ingeniero José María González Benito. Este luego de haber participado en varios trabajos, fue nombrado como ayudante del doctor Liévano, iniciándose en los estudios de Astronomía, Meteorología y otras ramas científicas. Al regreso de un viaje a Europa fue nombrado ayudante de la Oficina Central del Cuerpo de Ingenieros Nacionales, de la cual era jefe Liévano, y a la cual estaba anexado el Observatorio. Le correspondió llevar el diario de observaciones meteorológicas.

Al organizarse la Universidad Nacional fue nombrado, como antes dije, Director del Observatorio al mismo tiempo que profesor de Geología y Paleontología. Las clases las dictaba en este mismo salón. La circunstancia de haber renunciado a su sueldo le atrajo una tremenda tempestad de agravios que culminaron con la determinación del Gobierno de clausurar el Observatorio, según decreto del 3 de agosto de 1872.

Durante sus labores como Director practicó algunas observaciones, entre otras las referentes a las estrellas fugaces del 24 de noviembre, de Andrómeda, que sirvieron para probar la exactitud de la teoría de Schiaparelli, director del Observatorio de Milán.

Por decreto de 18 de septiembre de 1872 fue restablecido en su cargo de Director del Observatorio, al mismo tiempo que fue nombrado profesor de Astronomía y Geodesia. Poco después emprendió un nuevo viaje a Europa a desempeñar el cargo de cónsul de Southampton. En esta ocasión entabló relaciones con Flammarion, con quien mantuvo todo el resto de su vida una activa correspondencia.

A su regreso, en 1875, se hizo cargo de nuevo del Observatorio, habiéndole correspondido la dirección de la construcción de la cúpula. Los azares de la revolución lo obligaron a ausentarse de Bogotá para asumir el cargo de prefecto suplente del Departamento de Zipaquirá.

En 1880 volvió a encargarse del Observatorio, e hizo varios pedidos para dotarlo de elementos indispensables para su funcionamiento.

Fue árbitro en la polémica suscitada entre los astrónomos Gasparis, del Observatorio de Nápoles y Franchini y publicó los "Anales del Observatorio". Después de retirarse del Observatorio tuvo la idea de fundar el Instituto de Colombia, labor ésta que no alcanzó a culminar, pues lo sorprendió la muerte el 14 de agosto de 1903.

Durante la ausencia de González Benito en 1873 fue encargado de la dirección el ingeniero Luis Lleras Triana, quien desempeñó varias cátedras en la Escuela de Ingeniería. Hombre más de estudio que de trabajo de campo, hizo entre otros trabajos un profundo análisis de la Geometría de Légendre, resolviendo todos los problemas que el ilustre matemático francés propone allí.

Al estallar la revolución de 1884, fiel a sus ideales políticas, se unió a las filas liberales, participó en el sitio de Cartagena y luego en la célebre batalla de la Humareda, donde pereció. Dice Vargas Vila: "Al fin llegó la sangrienta hecatombe, al fin brilló el sol de Humareda, y entre el estruendo de aquella victoria suicida, desapareció el egregio ciudadano, partido el corazón y sobre las trincheras enemigas. La ciencia, amada con los laureles de la victoria, cayó allí sobre aquel río de sangre".

Al hablar del Observatorio no podemos omitir el nombre de Rafael Nieto París, hombre de ingenio y de estudio, autor de los célebres versos de π , escritor de temas matemáticos y que realizó entre otras cosas el reloj eléctrico que aún aquí se conserva, cuyo funcionamiento fue estudiado detenidamente por Garavito.

En 1891, al retirarse González Benito del Observatorio, por haber fundado uno propio, fue nombrado como Director don Julio Garavito. No cabe en las líneas de esta breve reseña la magna obra de nuestro máximo matemático. Desde el primer día en que entró a este edificio hasta la hora de su muerte, su labor fue fecunda, sus escritos matemáticos y astronómicos, muchos de ellos aún inéditos, causaron y causan admiración de propios y extraños. Durante la guerra de los mil días, cuando se cerraron las puertas de la Universidad Nacional, un grupo de estudiantes tuvo la idea de acogerse en

este edificio al amparo de Garavito, para continuar sus estudios. En estos mismos salones estudiaron los ingenieros que sirvieron de núcleo a nuestra Facultad cuando pasada la hecatombe pudo reanudar sus labores.

Garavito planeó la oficina de Longitudes, hizo estudios sobre el clima de Bogotá, adelantó trabajos de Óptica Matemática, publicó una serie de observaciones para determinar la posición del Observatorio.

Además escribió interesantes artículos sobre temas económicos, que fueron novedad en su tiempo.

Le correspondió dirigir la expedición que se trasladó a Puerto Berrío a observar el eclipse total de sol de febrero de 1916. Su informe aportó datos interesantes para la ciencia universal y para la determinación del meridiano de Bogotá.

En sus últimos años de salud decayó notablemente, habiendo recibido un rudo golpe con la muerte de su esposa. Tuvo el consuelo de que la nación entera reconociera su labor, cuando el Congreso expidió la Ley 128 de 1919, y falleció poco después, el 11 de marzo de 1920.

Colombia tiene una deuda de gratitud con Garavito, La Ley dictada en su honor está aun incumplida en parte. Dentro de pocos meses se conmemorará el primer centenario de su nacimiento, ocasión ésta propicia para rendir a su memoria el homenaje a que es acreedor.

Después de la muerte de Garavito vino otra época luctuosa para el Observatorio. El Gobierno no quiso creer en los hombres nacionales. Trajo un eminente sacerdote a dirigido, pero éste formado en disciplinas meteorológicas fundó el primer Observatorio de esta clase, y esta torre quedó abandonada durante muchos años, hasta 1930 en que fue reorganizado y puesto bajo la dirección de Jorge Alvarez Lleras.

Fue éste uno de los ingenieros más notables del país, que colaboró en importantes obras públicas y participó en las labores del Observatorio al lado de Garavito. Luego de una ausencia de varios años, a su regreso al país obtuvo el restablecimiento del Observatorio, habiendo sido designado como su director.

Fecunda fue la labor de Alvarez Lleras. Supo darle prestigio a la institución. Fundó la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, físicas y Naturales, que tiene su sede en este mismo edificio, y cuya

revista, que él fundó y dirigió durante muchos años, figura como una de las primeras de su género en todo el mundo.

Sus escritos en los campos científicos, filosófico, literario, hacen que Jorge Alvarez Lleras sea considerado como uno de nuestros más importantes hombres. A él se debe sobre todo la reevaluación de las obras de Garavito, ya que con una paciencia benedictina, las estudió, las analizó y las dio a conocer.

En el año de 1949 una enfermedad, que lo llevó más tarde a la tumba, lo obligó a retirarse de su amado Observatorio, siendo reemplazado por el ingeniero Belisario Ruiz Wilches.

Autor de importantes trabajos científicos, especialmente en el campo de la astronomía, tales como "Tablas de reducción al meridiano"; "Método para obtención rápida de azimut, latitud y hora"; "posición geográfica de Bogotá", y muchos otros, dejan establecido bien claro el alto valor científico de Ruiz Wilches. Debemos recordar principalmente que gracias a él se fundó el Instituto Geográfico Militar, hoy conocido con el nombre de Instituto Geográfico "Agustín Codazzi", institución de alto valor científico que honra a nuestra nación.

A la muerte de Ruiz Wilches la Universidad Nacional designó como director de la institución al ingeniero Jorge Arias de Greiff, distinguido profesional colombiano, que ha sabido seguir la huellas de sus predecesores en este cargo, y quien a pesar de sus cortos años, ha sabido hacerse a un nombre dentro del campo científico.

* * *

Con objeto de conmemorar el centenario de la fundación del Observatorio, el Gobierno Nacional, por medio del Decreto número 809, dictado hoy hace precisamente sesenta años, originario del Ministerio de Instrucción Pública, desempeñado en ese entonces por el doctor Antonio José Uribe, creó la Sociedad Geográfica de Colombia con el objeto de fomentar especialmente los estudios geográficos relativos al territorio de la República y para servir de cuerpo consultivo del Gobierno, y en tal virtud, suministrar los informes que pueden ser útiles a la administración pública.

Por Decreto 906 del mismo año, el Gobierno designó como miembros de la Sociedad, con el encargo de organizarla, a los señores Julio Garavito Armero, Ruperto Ferreira, Alfredo Vásquez Cobo, Delio

Cifuentes Porras, Ricardo Santamaría Hurtado, Rafael Alvarez Salas, Abel Bravo, Francisco J. Vergara y Velasco, Miguel Triana, Santiago Cortés, Ricardo Lleras Codazzi, Justino Garavito, Francisco J. Casas, Julio Garzón Nieto y Enrique Morales.

En su primera etapa tuvo una vida bastante precaria, pues en 1907 entró en franco receso, hasta 1924 en que, gracias a esfuerzos particulares, se volvió a organizar para entrar luego en un nuevo receso.

En 1930, al encargarse Alvarez Lleras de la dirección del Observatorio, la Sociedad reanudó sus actividades, esta vez con un buen éxito. Desde ese entonces la Sociedad, cuya sede oficial es el mismo Observatorio, ha venido laborando mediante reuniones periódicas, conferencias, y especialmente con la publicación del "Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia", donde han sido publicados interesantes estudios relacionados con la Geografía del país.

Han ocupado su Presidencia, de 1931 para acá, los señores José Miguel Rosales, Laureano García Ortiz, Daniel Ortega Ricaurte, Manuel José Forero y actualmente Francisco Andrade.

Al cumplir hoy la Sociedad Geográfica 60 años de su fundación, puede mostrar orgullosa una labor patriótica y desinteresada, que ha hecho y sigue haciendo conocer el país.

Dentro de pocos meses, el 18 de noviembre, se cumplirán treinta años de la expedición de la Ley 34 de 1933, que creó la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, como correspondiente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de España, gracias a la iniciativa de don José Joaquín Casas, a la sazón Ministro de Colombia en dicha nación, iniciativa acogida entusiastamente en Colombia, por Jorge Alvarez Lleras, quien obtuvo la expedición de los Decretos 434 de 1934 y 1.218 de 1936.

Dichas disposiciones establecieron que la sede de la Academia sea el mismo Observatorio.

No es esta la ocasión de extenderme sobre la labor de la Academia, por cuyas sillas, ocupadas inicialmente por Jorge Acosta Villaveces, Jorge Alvarez Lleras, Antonio María Barriga Villalba, Alberto Borda Tanco, Julio Carrizosa Valenzuela, Víctor E. Caro, Luis Cuervo Márquez, Federico Lleras Acosta, Ricardo Lleras Codazzi, Luis María Murillo, Enrique Pérez Arbeláez, Darío Rozo M., Rafael Torres Mariño, Calixto Torres Umaña y César Uribe Piedrahíta, han venido siendo ocupadas posteriormente,

con la sola excepción de quien habla, por lo más granado de la ciencia colombiana en las diversas ramas que la componen.

* * *

Han querido la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la Sociedad Geográfica de Colombia, como entidades que tienen como sede el Observatorio, llevar a cabo este acto conmemorativo de los 160 años de la fundación del Observatorio Astronómico Nacional, recordando al mismo tiempo el sexagésimo aniversario de la fundación de la Sociedad Geográfica de Colombia.

Ambas entidades me hicieron el inmerecido honor de encomendarme el llevar la palabra en esta ocasión, para rememorar así sea en forma rápida y somera, como creo haberlo hecho, la labor llevada a cabo por distinguidos compatriotas que en todo momento han tenido como ideal el progreso de la ciencia colombiana.

He querido mencionar principalmente las figuras de los hombres que han dirigido el Observatorio, pues la historia se hace a través de los hombres.

Aun cuando la situación del Observatorio actualmente, por el crecimiento de Bogotá, lo hace inadecuado para una tranquila labor científica y por las perturbaciones que la electricidad ocasiona en ciertos instrumentos, es lo cierto que la vieja torre, cuya estampa es tan conocida entre las vistas clásicas de Bogotá, ha de perdurar para siempre como un recuerdo y un homenaje a la ciencia nacional que por aquí ha desfilado en sus figuras más preclaras.

Así lo ha entendido la Nación. Aun cuando no faltaron los iconoclastas que aspiraban a verla derrumbada, el Congreso Nacional por Ley 95 de 1959, sobre conmemoración del sesquicentenario de la Independencia, dispuso la restauración de este edificio, para volverlo a su estructura original, con la intención de que sirva siempre como símbolo de nuestra ciencia.

Su posición es simbólica. En medio de la plaza que lleva el nombre del Precursor, de un lado el Palacio de los Presidentes que tarde o temprano se erigirá en el viejo sitio del Palacio de la Carrera, de otro lado el Capitolio, donde reside la majestad de la República, el Observatorio Astronómico permanecerá siempre erguido como una antorcha encendida que ilumina a quienes tienen a su cargo el manejo del Estado.

¡Oh Manes de Mutis y de Petrés! Al evocar vuestras sombras esta noche, os podemos decir que vuestra obra está intacta y que en ella se ha cumplido la misión altísima que acaso vislumbrasteis hoy hace 160 años!

